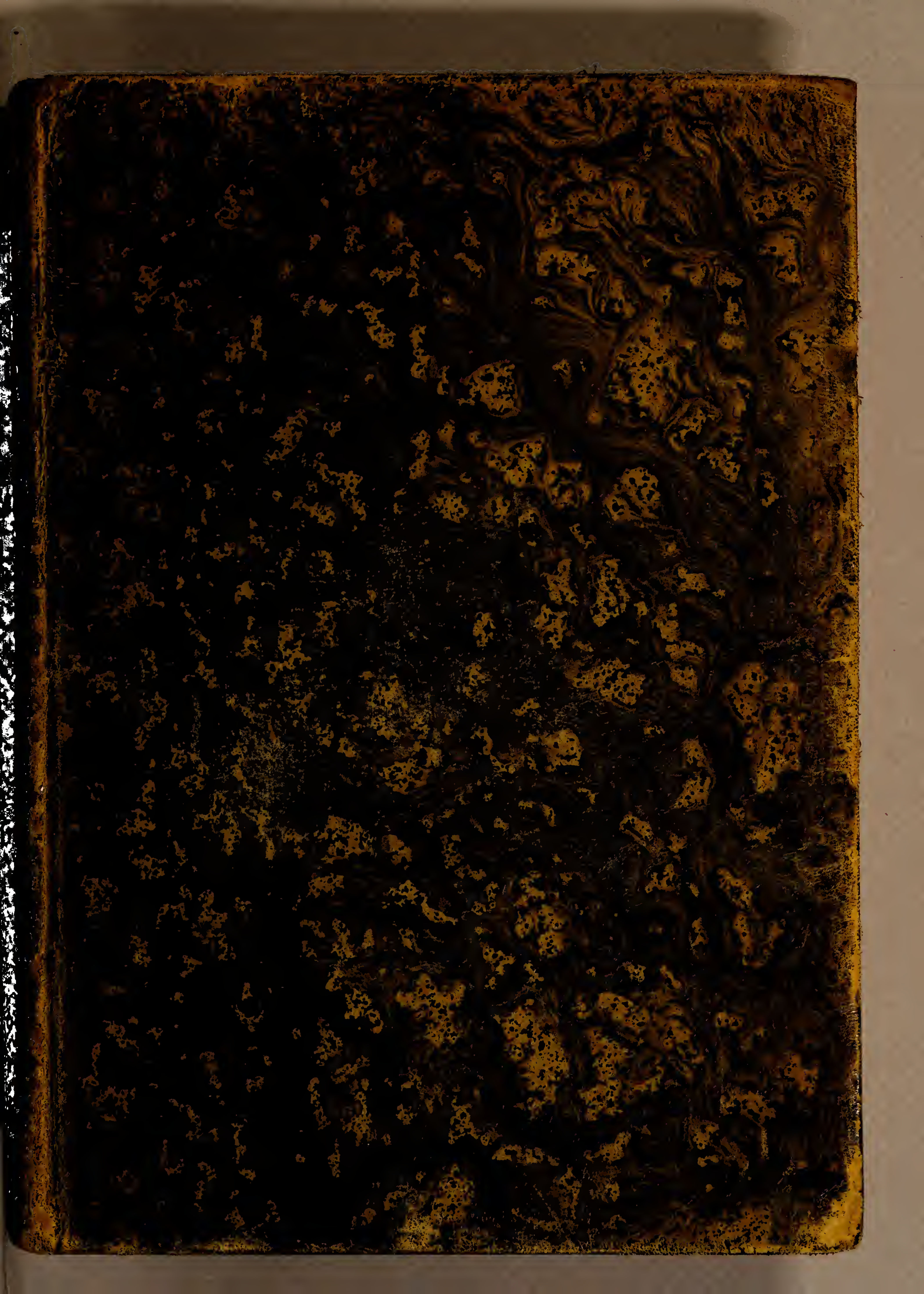
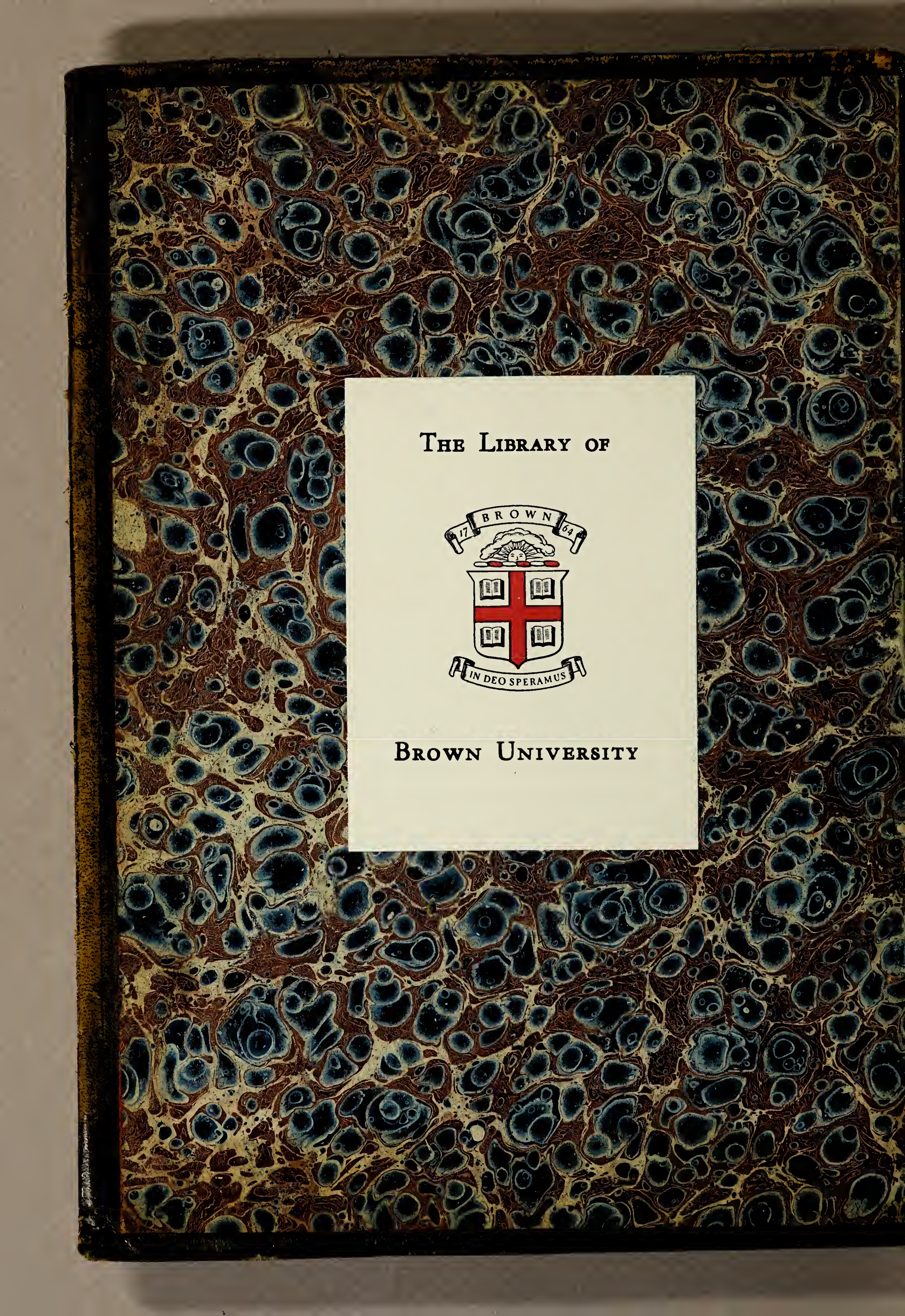
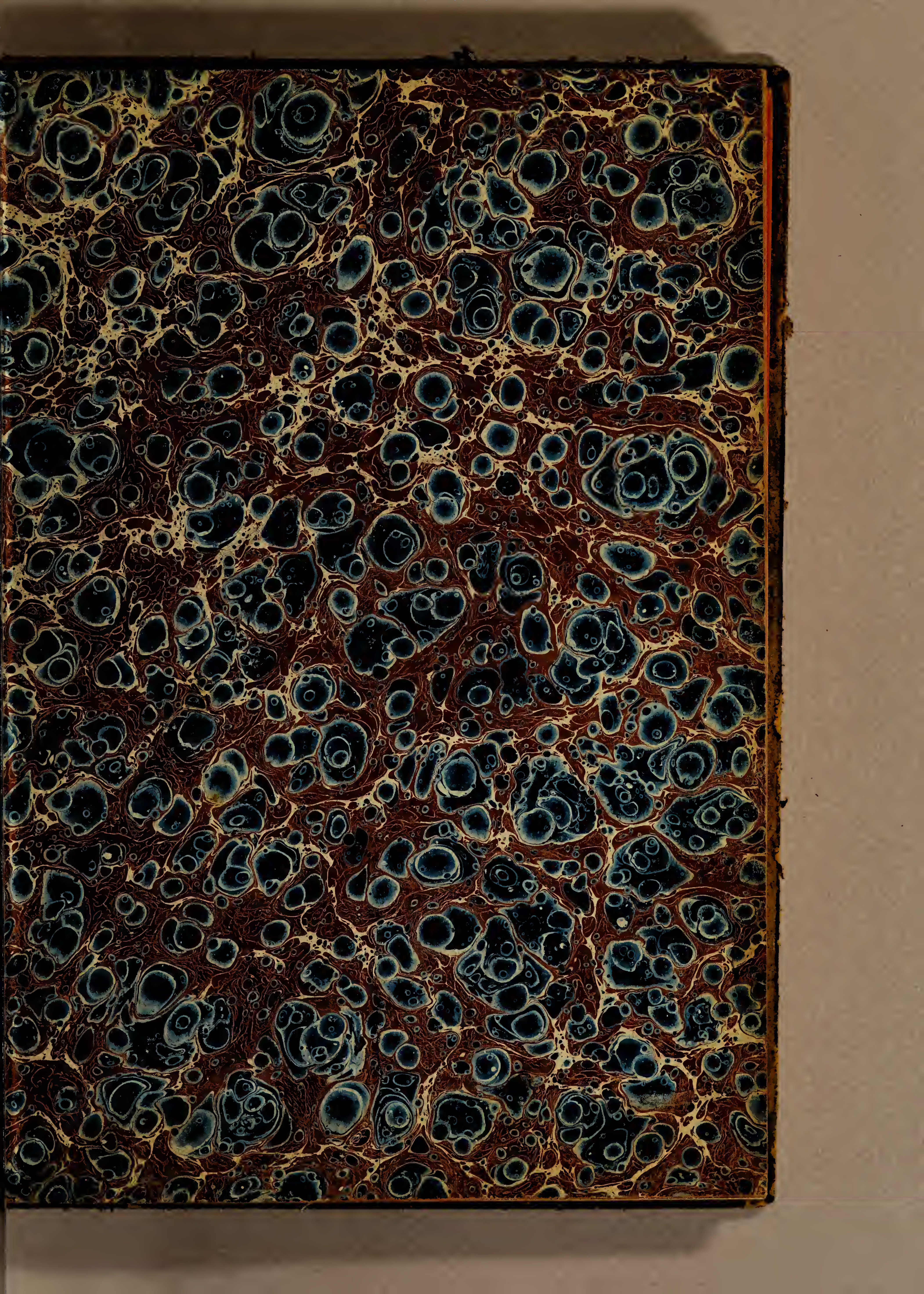




THE LIBRARY OF
BROWN
17
64
IN DEO SPERAMUS
BROWN UNIVERSITY



LA HERMOSA FEA.

DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Ricardo, Príncipe, Galán. ⁂ *Estela, Duquesa, Dama.* ⁂ *Un Capitan. El Conde.*
Octavio, Galán. ⁂ *Celia, Dama.* ⁂ *Julio, Gracioso.*
El Gobernador de Lorena. ⁂ *Belisa, Criada.* ⁂ *Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Ricardo, Príncipe de Polonia, Octavio y Julio.

Octav. Fuera temeraria empresa,
pero muy digna de ti.
Ricardo. Todo cuanto en Francia ví
no iguala con la Duquesa:
Julio, ¿qúe te ha parecido?
Julio. Un ángel me pareció
que de muger se vistió,
si alguna vez se ha vestido.
Ricardo. No he leido yo jamas
que se vistió de muger;
pero como pudo ser,
no pudiste decir mas.
Octa. En cúanto el sol mira, y dora,
se alaba su gallardía.
Ricardo. ¡Oh que divina armonía
hacen en una señora
la magestad en el talle,
y en el rostro la hermosura!
Julio. El oro y la nieve pura
de nuestra Alemania, calle
con su rara perfeccion.
Ricardo. Parece que en su belleza
retrató naturaleza
mi propia imaginacion:
aqui me pienso quedar
de secreto algunos dias
para verla. *Octav.* Bien podias
tener de hablarla lugar,
como no sepa quien eres.
Ricardo. Tú solo sabes quien soy.
Octav. Pues la palabra te doy,
Principe, si hablarla quieres,
despues de guardar secreto,
de hacer que posible sea.
Ricardo. Haz, Octavio, que la vea,
y ser tu esclavo prometo.
Julio. Si sabe qué estas aqui
dificultoso ha de ser,
porque te ha de conocer.
Octa. Escucha un remedio. *Ricard.* Dí.
Octa. Escribe á Celia su prima,
con quien tienes parentesco,
que por ir á ver á España
á la ligera y secreto,
no pudiste visitarla;
pero que despues volviendo,
cumplirás tu obligacion;
y quedaráste con esto
escondido en la ciudad,
donde el ingenio y el tiempo,
para que la veas, y hables,
darán traza á tus deseos.
Ricardo. Dices bien, y llève Julio
la carta; pero advirtiendo
que si la duquesa Estela
te pregunta, como pienso,

si la ví, que le respondas
que sí, una tarde saliendo
á caza; y si prosiguiere,
lo que dije, y lo que siento
de su persona, le digas
que volví triste, diciendo
que era su fama un engaño
de algun pintor lisongero,
cada pincel mil mentiras,
cada color mil enredos:
que el Ducado de Lorena
era tan gran casamiento,
que hacia á los pretendientes
lindo parecer lo feo;
y que á mí, que no lo era,
me pareció con extremo
fea, y de persona humilde.
Julio. ¿Pues que pretendes con eso?
Ricardo. Asegurar la intencion
que para servirla tengo,
como vereis adelante.
Julio. ¿Y no hallaste mensagero
mejor en cuantos te vienen
desde Polonia sirviendo?
¿A que muger, cuando fuese
lo mas ínfimo y plebeyo,
la dijeran que era fea,
que tuviera sufrimiento
para no tomar venganza,
cuanto mas un Angel bello,
tan gran señora? ¿No miras
que entre algunos mandamientos,
que hizo para el honor
de las mugeres, el zelo,
y obligacion de los hombres,
no llamarás, fue el tercero,
fea, ni vieja á ninguna;
y que del atrevimiento
sería justo castigo
salir de palacio muerto
á palos, de las cuchillas
de dos gigantes tudescos?
Ricardo. Julio, si ella fuera fea,
era delito muy necio;
pero siendo tan hermosa
como le ha dicho su espejo,
ha de enojarse conmigo,
y poner su entendimiento
en vengarse cuando vuelva;
y esto principio al deseo
le ha de dar de enamorarme,
que es lo que voy previniendo;
y tú verás que resulta
de este agravio algun suceso
en favor de mi esperanza.
Julio. Confieso que voy con miedo,
mas consolando el peligro,
con saber que te obedezco.
Ricardo. ¿Tanto sienten este nombre?
Julio. Si es la hermosura el opuesto,
y esta la mayor lisonja,
¿que termino mas grosero
que quitarles la esperanza
de aquel soberano imperio
con que rinden á los hombres?
Ricardo. Tú verás que es fundamento
del edificio mayor
que tuvo amoroso empleo:
ven, Octavio. *Octavi.* Aun no percibo
tu pensamiento. *Ricardo.* Pretendo
obligarla á enamorarme,
lo demás te dirá el tiempo. *Vanse.*
Salen Estela, duquesa de Lorena y Celia, dama.
Estela. Bien me holgara que te hubiera
el Principe visitado,
y que el venir rebozado
menos disculpa le diera:
mal cumplió la obligacion
de pariente. *Celia.* Pensaria
que el secreto me daria
bastante satisfaccion,
pues parece que la tienen
para ocasiones mejores.
Estela. El secreto en los señores,
cuando de rebozo vienen,
es mayor publicidad,
porque todos hablan de ellos.
Celia. Es mayor grandeza en ellos.
Estela. Pensamos que es vanidad:
¿sabes que sintió de mí?
Celia. Preguntáselo á la fama:
Fenix de Francia te llama,
lo mismo dirá de ti.
Estela. Cuidado, Celia, tenia
de ver en alguna parte

este nuevo Adonis Marte,
por talle y por valentía;
pero él se guardo de suerte
que me vió sin verle yo.
Celia. Ingrato correspondió
á la ventura de verte:
que bien pudiera pagarte
si es gentil-hombre y galan,
con dejarse ver. *Estela.* Están
tantas culpas de su parte,
que aunque te escriba, no creo
que á satisfacerlas baste.
Celia. De la privacion sacaste
las fuerzas de tu deséo;
porque si ver se dejara,
menos cuidados tuvieras,
que de lo que visto hubieras,
ninguna idea formara
ahora la fantasía.
Estela. El privar á una muger
de lo que desea ver,
bien sabes tú, Celia mia,
que aumenta mas su deseo.
Celia. Asi murió la Romana,
por no ver por su ventana
pasar aquel monstruo feo;
¿pues cuanta es mas diferencia
la de un gallardo Aleman,
mancebo, hermoso y galan?
Salen Belisa, y Julio quédase al paño.
Julio. Pedid, señora, licencia.
Belisa. Hablarte quiere un criado
del de Polonia. *Celia.* No ha sido
descortés, ni ha merecido
hasta ahora ser culpado:
licencia vendrá á pedir
para verme. *Estela.* Ya le vuelvo
la honra. *Celia.* Y yo me resuelvo
en que le has de ver y oir:
di que entre.
Llega Julio, y arrodíllase á los pies de (Estela.
Julio. Dame los pies.
Estela. No soy yo la que buscais.
Julio. Sin razon culpa me dais,
que este yerro acierto es;
pues me trujo el resplandor
de su divina belleza
á saber que es vuestra Alteza
de dos soles el mayor:
y asi me vuelvo al segundo,
á quien traigo este papel,
mirad lo que dice en él:
Dale un papel á Celia, y lee para sí.
y yo, como abrasa el mundo
el ángel, que estoy mirando
en la señora Duquesa,
donde parece que cesa
cuanto pueda haber pintado
con los mas vivos colores
la diestra naturaleza:
y perdone vuestra Alteza
que de estrellas y de flores
no haga un retrato aquí,
como suelen los poetas,
porque prendas tan perfetas
son deidades para mí.
Celia. Ya he leido este papel.
Estela. ¿Que escribe? *Celia.* Que se partió
á España. *Estela.* Correspondió
á aquella patria cruel
de fieras y hombres feroces.
Celia. Discúlpase con pasar
de rebozo. *Julio.* Y por guardar
(asi tu hermosura goces)
á tu grandeza respeto.
Estela. ¿Pues á mí que me importara,
cuando á Celia visitara?
Julio. Esto de venir secreto
debió de ser la ocasion,
por la poca autoridad.
Estela. ¿Que dijo de esta ciudad?
Julio. Que las de tu estado son
la parte mejor de Francia.
Estela. ¿Vióme á mí? *Julio.* Ya te vió á tí,
que para venir aquí
fue lo de mas importancia.
Estela. ¿Que le parecí? *Julio.* Si das
licencia, á Celia diré
lo que dijo. *Estela* Sí daré.
Julio. Oye, pues. *Habla con Celia aparte.*
Celia. ¿A mí no mas?
¿que puede ser que no sea
muy conforme á su valor,
puesto que fuese de amor?
Julio. Haber dicho que era fea.
Celia. ¿Que dices? ¿estas en ti?

Julio. Por eso te quise hablar
aparte. *Celia.* Estoy por pensar
que te has burlado de mí,
que me pareces de humor.
Julio. Tentado soy del despejo,
mas siempre las burlas dejo
cuando respeto el valor:
no he visto necio á mi amo,
señora, con tanto estremo.
Cel. ¿Como necio? *Jul.* Y aun blasfemo
de un ángel. *Cel.* Pues yo le llamo
dichoso, aunque no discreto;
porque á parecerle bien,
quedara al mayor desden
que ha visto el mundo sujeto:
que de cuantos la han servido
ninguno agradarle puede,
y es mejor que libre quede,
que á lo imposible rendido:
¿la Duquesa fea? *Julio.* Sí.
Cel. ¿Tiene ese hombre entendimiento?
Julio. Un mal gusto es fundamento
de que le parezca asi;
fuera de ser cosa llana,
que no hay disputa en los gustos.
Celia. Sí, pero gustos injustos
hacen la razon villana.
Jul. Hombres hay que un dia obscuro
para salir apetecen,
y el sol hermoso aborrecen
cuando sale claro y puro:
hombres que no pueden ver
cosa dulce, y comerán
una cebolla sin pan,
que no hay mas que encarecer:
hombres en Indias casados
con blanquisímas mugeres
de estremados pareceres,
y á sus negras inclinados:
segun esto la Duquesa
no deja de ser hermosa
por un mal gusto. *Celia.* Es la cosa
mas nueva, y que mas me pesa
de cuantas pudiera oir:
ven por la carta despues.
Julio. Dadme, señora, los pies,
y de no se lo decir
palabra. *Celia.* Vete en buen hora.
Julio. Guarde el cielo á vuestra alteza,
en cuya hermosa cabeza,
el laurel que Apolo dora,
brille de Francia, ó España.
Estela. ¿Tu nombre?
Julio. Julio es mi nombre.
Estela ¿Que oficio?
Julio. Soy gentil-hombre
que á sí mismo se acompaña;
pero en gracia de mi dueño,
que esta embajada me fia.
Estela. ¿No respondes, prima mia?
Julio. Celia me mira con ceño. *Vase.*
Celia. Ya le dije á ese criado
que vuelva por la respuesta,
que si al Príncipe le cuesta
su papel tanto cuidado,
no quiero escribir sin él.
Estela. Brava platica tuvistes;
¿que tratastes? ¿que dijistes?
si dió materia el papel,
dirá que está enamorado
de mí el Principe, y que fue
perdido á España. *Celia.* No sé.
Estel. ¿Quien duda que te ha contado,
(que es ordinario en los hombres)
que en toda Francia no vió
Dama, Celia, como yo?
con todos aquellos nombres
de ángel, estrella, jazmin,
rosa, perla y otras cosas
tan necias y mentirosas:
¿de mí que te dijo en fin?
Celia. No eran cosas de importancia
las que hablamos. *Estel.* ¿Como no?
Celia. Antes de enojo; y si yo
le volviese á ver en Francia::-
Estela. ¿Que murmuras? ¿fue por dicha
descompostura de amor?
¿pidió, necio, algun favor?
Celia. Tengo, Duquesa, á desdicha
tener tan necio pariente.
Estela. Dime lo que es.
Celia. No es razon.
Este. ¡Que confusion! *Celia.* Cosas son
de aquella bárbara gente.
Estela Quien quisiere á una muger
á puras ansias matar,

procuréle dilatar
lo que quisiere saber:
ni fue jamas discrecion
dejar razon comenzada.
Celia. Si puede ser escusada,
antes parece razon.
Estela. Celia, lo que fuere sea.
Celia. ¡Que porfiar tan prolijo!
dijo el Príncipe::- *Estela.* ¿Que dijo?
Celia. Dijo el necio que eras fea.
Est. Pues bien, ¿fue mucho el agravio?
Celia. ¿Como puede ser mayor?
preguntale á tu color
si le importa el desagravio,
pues ya te escribe el desprecio
en la cara vergonzosa,
con letras de pura rosa,
el agravio de este necio.
Estela. Confieso, Celia, que ha sido
el repitirlo el criado,
ocasion de haber quedado
en parte mi honor corrido.
Hazme placer cuando vuelva
de decirle que se quede
conmigo. *Celia.* ¿Julio que puede,
cuando á quedar se resuelva,
hacer para tu venganza?
Estela. ¿Nunca has oido contar,
que aquel que se quiere ahogar
cualquiera cosa que alcanza
tiene fuertemente asida?
pues asi tengo pensado,
que el asir de este criado
es asegurar mi vida.
Cel. ¿Que dices? *Est.* Que este ha de ser
por quien me pienso vengar,
que invencion no ha de faltar
para que me vuelva á ver;
y si me vé, ten por cierto
que ha de adorar la fealdad
que dice, y que mi crueldad
le ha de ver perdido y muerto,
ó no ha de haber alma en mí.
Celia. Con razon estás quejosa;
pero es imposible cosa
que puedas vengarte asi:
mejor fuera::- *Este.* No hay mejor:
dejame, Celia, pensar
como le pueda obligar,
para que me tenga amor,
que una vez enamorado,
con la risa y el desprecio
quedará de aqueste necio
mi sentimiento vengado;
que no hay venganza que sea
mas discreta y mas gustosa
que hacerle querer hermosa,
quien le ha parecido fea.
Asi de aqueste enemigo
vengarse mi agravio piensa,
porque de la misma ofensa
se ha de sacar el castigo. *Vanse.*

Salen Ricardo, Julio y Octavio.

Jul. Esta es la hora que sin alma queda.
Ri. No hay cosa, Julio, que obligarla pueda
mas á lo que pretendo de importancia.
Juli. Asi lo entiendo yo de tu arrogancia.
Ricar. Y el camino que hallaste
fue mucho mas discreto: al fin, ¿dejaste
con Celia concertado
volver por la respuesta?
Julio. Hale causado
notable novedad que la Duquesa,
cuya hermosura es la mayor empresa
de Príncipes, y Grandes
de Francia, de Alemania, España y (Flandes,
te pareciese fea.
Ricar. De esta manera el cazador rodea
al animal ó al ave:
presto verás que su arrogancia grave
se rinde á mi deseo.
Octavio, amigo, en la ocasion me veo
que tu fidelidad me ha de dar vida;
de tu amistad mi confianza asida
pretende conquistar esta arrogante
hermosura francesa, que en diamante,
con pinceles de nieve pintó el Cielo.
La traza que fabrica mi desvelo,
es la que te he contado;
de todos mis criados he dejado
solo Julio conmigo, él me acompaña,
que los demas á España
van caminando: con el conde hoy quiero
dar principio dichoso al bien que espero.
Octavio. Frances soy por la vida:
ya vuestra Alteza tiene conocida

mi lealtad y amistad, esté seguro;
y por esta que al lado traigo juro
de guardarle secreto.
Ric. Pues para dar á lo que intento efeto,
dile al Gobernador secretamente
lo que te dije, porque luego intente
prenderme, que por causa tan notable,
no dudes de que hable
con la Duquesa y que ella verme quiera,
donde mi amor, en mi fortuna espera
lo que mi atrevimiento me asegura,
ó á las manos morir de su hermosura.
Octavio. Tú verás el efeto
de un noble amigo.
Ricardo. Dí tambien, discreto,
en que consiste la ventura mia.
Julio. ¿Cuando faltó la dicha á la osadía?
vuelvo por el papel mientras te pren-
y á ver como se encienden (den,
de la Duquesa los claveles vivos,
con tantos pensamientos vengativos,
si á quien tanta hermosura llamó fea,
rendir, matar ó enamorar desea.
Vanse Ricardo y Julio.
Octavio. No carece de valor
de Ricardo el pensamiento,
y mas siendo el fingimiento
el primer paso de amor.
¡Oh fuerza de la amistad!
¡á que me pongo por tí!
pero ya le prometí
favor, silencio y lealtad.
Prósperamente sucede:
este es el Gobernador,
que hasta en esto muestra amor
lo que sabe y lo que puede;
con él viene un Capitan:
concertóse la fortuna
con el amor, si en alguna
fortuna y amor lo están.
Salen el Gobernador de Lorena, barba, el Capitan y criados de acompañamiento.
Govern. Conozco vuestro cuidado.
Capitan. Cuando me toca la guarda
soy Argos de la ciudad;
no ha de suceder desgracia
hasta que deje la noche
la capa en manos del Alba,
que aun por ésto la prendiera
si la noche se quejara.
Gobern. Estar limpia una ciudad
de gente ociosa, es la causa
de no haber hurtos ni muertes;
en que se vé que se engañan
los que gobiernan, si piensan
que solo el castigo basta.
Prevenir que no sucedan
delitos, con que no haya
quien los haga en quien gobierna
es la prudencia mas alta;
porque castigar despues,
supuesto que es de importancia
para el egemplo, ya es fuerza,
y es mejor que se escusaran.
Capi. ¿Quien limpiará una ciudad
donde acuden gentes varias?
Gober. ¿Quien? el temor del castigo,
y el cuidado del que manda.
Octavio. ¡Oh que á proposito viene
á mi intento lo que tratan!
en vuestra busca venia,
doy al cielo inmensas gracias
de haberos hallado aquí.
Gober. ¿Que es, Octavio, lo que mandas,
que haberme hallado agradeces?
Octavio. Si no te ha dicho la fama
que el Príncipe de Polonia
de rebozo estuvo en Francia,
sabe que entre otras provincias
vino por ver á Madama,
á la corte de Lorena,
y fue huesped de mi casa,
donde hicimos amistad.
Partióse en efecto á España,
peregrino de su gusto:
tuve ante ayer una carta,
en que me dice que un hombre
tan noble que le llevaba
por secretario (que á veces
no conforma al cuerpo el alma)
todas las joyas le hurtó,
y que si por dicha pasa
por esta ciudad le prenda:
ha sido mi dicha tanta
que hoy le visto en una quinta

pasear con una madama
que del hurto y del volver
fue por ventura la causa.
Fingí que no conocia
quien era, aunque él me miraba
sospechoso de mis ojos,
que el miedo en todo repara;
y como vee he venido,
no permitas que se vaya
con tal delito, pues puedes
sin peligro, y aun sin guarda,
hacer tan justa prision.
Govern. Quando trujera mas armas,
mas soldados, mas defensas
para las joyas hurtadas,
que tiene ahora sospechas,
(porque nunca el alma engaña)
yo solo le he de prender,
que para ladrones basta
el temor de la Justicia.
Octavio. Mi intento no es que le hagas
agravio, que es Caballero;
mas que con buenas palabras
se cobren todas las joyas.
Gobern. El Capitan de Campaña
venga conmigo no mas,
y dos Soldados de guarda. *Vanse.*
Salen Julio, y Celia con una carta.
Celia. Esta es la carta. *Julio.* Sospecho
que con enojo le escribas,
y del que en esto recibas
culpo mi inocente pecho,
que te parlé, sin pensar,
lo que el Principe sintió
de madama. *Celia.* No sé yo
á quien se deba culpar,
ó á él que dijo que era fea,
ó á ti, porque fuera justo,
que callaras su mal gusto;
pero no hay cosa que sea
mas peligrosa (y perdona)
que servirse de criados
necios. *Julio.* ¡Que bien castigados
vamos los dos! pero abona
tu culpa en esto la mia.
Celia. ¿Como? *Julio.* Si yo te conté
(que toda mi culpa fue)
lo que el Príncipe decia,
el tuyo fue el mismo error,
contándole á la Duquesa
lo que yo dije. *Celia.* No es esa
disculpa. *Julio.* Y aun fue mayor,
que en su ausencia me atreví,
y es como no haber hablado,
pues ausente el mas honrado
nó puede volver por sí.
Celia. ¿Sentiste llamarte necio?
Julio. ¿Pues no quieres que lo sienta,
si aquello que el alma afrenta,
fue siempre el mayor desprecio?
Celia. ¿Pues que llamas afrentar
el alma? *Jul.* Llamar á un hombre
necio. *Celia.* ¿Por que?
Julio. Porque es nombre
que por fuerza ha de agraviar
al entendimiento, que es
potencia suya. *Celia.* El honor
te vuelvo. *Julio.* Y por el favor
yo vuelvo á besar tus pies.
Celia. ¿Tú á lo menos no has tenido
á la Duquesa por fea?
Julio. No quiera Dios que me vea
falto de tan gran sentido,
que solo pusiera un ciego
en duda tanta hermosura.
Es ángel de nieve pura,
con dos estrellas de fuego:
es de la Vénus de Fidia
retrato; y con mas primor,
hija del cristal de amor
contra el ojo de la embidia.
Es toda nacar lustrosa,
en cuya boca tambien
las bellas perlas se ven
por celocías de rosa,
cuyo dulce movimiento
enseña un rojo clavel
que es interprete fiel
de su raro entendimiento.
Sus megillas encarnadas
de manutisas parecen,
cuando entre aljófares crecen
de el Alva pura esmaltadas:
y por no hacerlas agravios,
te digo que son mas bellas,
señora, que solas ellas

compitieran con sus labios.
Cuando á las manos te inclines,
de tanta gracia estan llenas,
que con rayos de azucenas
parece un sol de jazmines.
Finalmente, su valor
es de tan alta excelencia,
que sin pedirle licencia
ni tira, ni mata amor.
Celia. ¿Pues como al Príncipe ha sido
Estela un demonio fiero?
Julio. Porque es un gran majadero.
Celia. Mira, Julio, que te ha oido
la Duquesa. *Julio.* ¿Donde?
Celia. Estaba
detras de aquella antepuerta.
Sale Estela.
Estela. Escuchándote encubierta
de tus lisonjas gustaba,
y como de la alabanza
resulta siempre aficion,
tu ingenio y buena opinion
tanto con mi gusto alcanza,
Julio, que quiero pedirte
que en mi servicio te quedes.
Julio. Hácesme tantas mercedes
en querer de mí servirte,
que en tu nombre serafin,
pongo la boca dichosa
en la estampa venturosa
del corcho de tu chapin:
¿pero como podrá ser
sin licencia de mi dueño?
Estela. A sacarte de ese empeño
pienso que tendré poder,
con escribir á Ricardo.
Tú, entretanto que responde,
y que á quien és corresponde,
como de su nombre aguardo,
estarás conmigo aqui,
que me has parecido bien.
Julio. Gracias, señora, te den
tus mismas gracias por mí.
Alaben tus altas glorias,
y tus virtudes perfetas
en sus versos los poetas,
y en su prosa las historias:
los poetas en sus liras
á tus méritos divinos,
cantando mil desatinos,
las historias mil mentiras.
Estela. ¿Donde estará tu señor
ahora? *Julio.* Aun no habrá llegado
á España: ya su cuidado *Aparte.*
es de venganza ó de amor.
Salen el Gobernador y Octavio.
Oct. No es razon que le deis cuenta
(para afrentar este hidalgo)
á la Duquesa. *Gobern.* Yo salgo
al remedio de esa afrenta.
Estela. ¿Que es eso, Gobernador?
Gobern. Señora, ha escrito Ricardo
el Príncipe de Polnia
desde Lunevilla á Octavio,
que hurtándole muchas joyas,
se le ha vuelto el secretario
á tu corte. Dióme parte
de este suceso, y buscando
los sitios de mas sospecha,
en una quinta le hallamos:
como avisarte de todo
cuanto pasa me has mandado,
aunque Octavio no queria,
á tu presencia le traigo.
Estela. ¿Octavio? *Octavio.* ¿Señora?
Estela. Muestra
la carta. *Octavio.* Esta es.
Julio. ¿Que estraño
suceso! ¿un hombre tan noble
en tanta bajeza ha dado?
Lee Estela. *Señor Octavio, despues de daros cuenta de que voy con salud, aunque sintiendo vuestra ausencia: sabed que Lauro mi secretario con algunas joyas mias se ha ido esta noche con admiracion mia y de mis criados, siendo tan gran caballero: si volviere á esa ciudad, donde entiendo que una dama le ha obligado á este desatino, haced que sin afrenta suya sepa de vos el disgusto con que quedo. Dios os guarde.*
El Principe de Polonia.
Repres. ¿Conoceis aquesta firma,
Julio?
Julio. ¿Y como? aunque no creo

de Lauro el error que veo,
y que esa firma confirma.
Estela. ¿Quién le trae?
Gobern. El Capitan
de campaña.
Estela. Verle quiero.
Gobern. Entrad.
Sale el Capitan, que saca á Ricardo preso.
Estela. ¡Gentil caballero,
y por extremo galan!
¿sois Lauro vos? *Ricard.* Si señora.
Estela. Despejad todos la sala,
Celia y Julio solo queden:
vos, Capitan de campaña,
volved despues por el preso.
Capitan. ¿Cuando vuestra Alteza manda?
Estel. Mas no volvais, que no importa,
aqui estará en confianza.
Vanse Octavio, el Gobernador y el Capitan.
Di, caballero ¡sirviendo
á tan gran señor le hurtabas
sus joyas, y fugitivo
desde el camino de España
á Lorena te volvias,
y oculto en mi corte estabas?
¿Qué ocasion pudo moverte
para tan infame hazaña,
y para venirte aqui
con obligaciones tantas
de noble, y de secretario
de un Príncipe, y con gallarda
persona, y con ser forzoso
tu ingenio, en bajeza igualas
á los hombres mal nacidos?
Ricardo. Señora, en cuya alabanza
de entendimiento y belleza,
gasta la parlera fama
trompetas de inmortal bronce,
del fenix purpúreas alas,
con los ojos del pabon,
que ya de celeste plata
clávos errantes y fijos
el zefiro eterno esmaltan:
yo soy Lauro de Lorena,
que fué mi padre de Francia,
y fuí vasallo del tuyo,
si en el título reparas.
Casóse en Cracobia insigne
con una dama polaca,
de suerte que soy frances,
de suerte que ya te alcanza
la obligacion al favor
por vasallo de tu casa.
Supe en mis primeros años
lo que buenas letras llaman,
y dime á la Astrología
despues de otras ciencias varias;
porque puesto que no obligan
las estrellas, pues la sábia
prudencia puede regirlas,
y que ellas fueron criadas
por el hombre, y no él por ellas,
es ciencia tan dulce y alta,
y tan digna de un ingenio,
que me precié de estudiarla.
Supe, en efecto, por ella
que en tu corte me guardaba
un grande bien la fortuna,
que fue de volverme causa
desde el camino á tu corte,
que las joyas de la carta,
que dice el Príncipe, ha sido
invencion, porque la infamia
me obligue á volver con él.
Tanta ha sido mi privanza,
que era yo Ricardo, y él
Lauro, sin que apenas haya
diferencia entre los dos,
sirviendo á los dos un alma:
y pues Julio está presente,
bien sabe que no se hallaba
Ricardo un punto sin mí,
y que fue nuestra crianza
una misma, siempre juntos
desde la primera infancia
hasta la presente edad;
pero si acaso te espanta
la ingratitud con que olvido,
quien con tanto amor me paga,
si amor merece disculpa,
(que en las pasiones humanas
le dan el imperio egemplos)
amor señora, me salva.
Estando el Príncipe un dia

que salió su Alteza á caza,
con poco gusto de verte
(¡mira que necia desgracia!)
yo vi, no lejos de tí,
una tan hermosa dama,
que vine á creer que amor
mudó la flecha y la aljava
en arcabuz, como dicen,
que cual la violenta bala
derriba el ave á la tierra,
que envuelto el cuello en las alas,
baja sin sangre, que toda
por el aire la derrama:
asi yo sentí de un golpe
salir de mi pecho el alma,
envuelta en tristes suspiros.
Pasé la noche en mil ansias,
y antes de ver el aurora,
el Príncipe se levanta,
y me notifica (¡ay triste!)
que quiere partirse á España:
fue forzoso obedecerle;
pero en aquella jornada
traian su amor y el mio
tan espantosa batalla,
que quedó vencido el suyo;
y por la posta, madama,
volví á tu corte, que estoy
loco de mirar su cara,
contento de estar presente,
gustoso de imaginarla,
suspenso en su perfeccion,
muerto de sus bellas armas,
aficionado á su ingenio,
rendido á sus bellas gracias,
obligado hasta la muerte,
porque le doy la palabra
de pretenderla sin vida,
de amarla sin esperanza.

Estela. Sin tanta satisfaccion
vuestra persona abonaba,
que solo son vuestros hurtos
de voluntades honradas:
que amor á Lorena os vuelva,
es disculpa, no es desgracia:
seguid, Lauro, vuestro intento,
y si alguna cosa os falta
en mí la tendreis segura.

Ricardo. Con mas que palabras almas,
beso mil veces la tierra
que esos jazmines esmaltan:
vendré á veros, si me dais
licencia, hermosa madama.

Estela. Holgareme de saber
lo que con la vuestra os pasa,
y como os va de favor.
Celia? *Celia.* Señora?

Estela. La salva
con que ha entrado este navío,
muestra que de paces trata:
mas si eres la dama, Celia?

Celia. Cree que no me pesara,
que me quisiera.

Estela. Ni á mí.

Celia. ¿Que dices?

Estela. Que no te iguala.

Vanse Estela y Celia.

Ricardo. ¡Ay Julio!

Julio. Acá estamos todos.

Ricardo. ¿Parécete que se entabla
mi pretension?

Julio. Lindamente;
pero guarda bien las cartas,
no te conozcan el juego,
aunque es nueva la baraja.

Ricardo. ¿Que te dijo de ser fea?

Julio. Allá verás de tu carta
la respuesta, y lo que entiendo
es que ha quedado picada,
y que vengarse desea.

Ricardo. Yo haré de suerte que salga
muy caro, Julio, de amor
el precio de la venganza.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Estela y Celia.

Estela. Estoy contenta de ver
de Lauro el entendimiento.

Celia. Mucho me espanta tu intento.

Estela. Soy agraviada y muger.

Celia. Si miente en llamarte fea,
¿que venganza de su error
es, para mostrarle amor,
solicitar que te vea?

Estela. Porque tengo confianza,
que le puedo enamorar,
en que pretendo fundar
la mas discreta venganza.
Enamorado de mí,
yo te le pondré de modo
que se desdiga de todo
lo que Julio dijo aqui:
sin esto, cuando mas cierto
de mi amor Ricardo esté,
con mil desdenes le haré
vivir abrasado y muerto.
Hasta llegar á querer
un hombre, es hombre.
Celia. Es verdad
que pierde la libertad,
que es como dejar de ser.
Estela. Luego si ha de ser Ricardo
solo lo que yo quisiere,
de estar sujeto se infiere
que mayor venganza aguardo:
guárdese un hombre de dar
su libertad por querer,
porque entonces no hay muger
que no se sepa vengar.
Yo voy con Lauro tratando
que el Principe venga á verme:
si él viene, y viene á quererme,
tú le verás suspirando,
tú le verás padeciendo;
porque en viéndole querer,
tengo de darle á entender
que estoy por Lauro muriendo.
Lauro tiene gentileza,
de celos se ha de abrasar.
Celia. No se puede dar pesar
á costa de la grandeza:
que donde hay tanto valor,
no se, Estela, como quieres
imitar á las mugeres
viles en tretas de amor.
Estel. Y aun por andar tan iguales,
Celia, á su grandeza asidas,
suelen ser menos queridas
las mugeres principales:
dejame seguir mi intento.
Celia. ¿Y Lauro hate declarado
quien es la dama que ha dado
principio á su pensamiento?
Estela. No lo ha querido decir,
ni era justo porfiar,
secreto la quiere amar,
si no la quiere servir;
que este amor debe de ser
al tiempo antiguo.
Celia. Aqui viene
Julio. *Estel.* Grande amor le tiene.
Celia. El lo debe de saber.
Estela. ¿Que hay, Julio?

Sale Julio.

Julio. Venir, señora,
á ver si te sirvo en algo,
que con lo poco que valgo,
mi desconfianza ignora
servicio que pueda hacerte
de mas consideracion,
que para toda ocasion
ser tu esclavo hasta la muerte.
Estela. Hoy se ofrece en que podrás
mostrarme ese buen deseo.
Julio. Y hoy la dicha en que me veo,
si tanto favor me das.
Est. ¿Quien es la dama á quien ama
Lauro? *Jul.* Pésame, por Dios,
porque aunque amigos los dos
nunca me ha dicho su dama.
Lo que mas puedo decir
es que me parece dentro
de palacio, asi por centro
de hermosura á quien servir,
como porque no le veo
fuera de él mirar ni hablar,
de donde pueda sacar
la causa de su deseo.
Duermo en su mismo aposento,
y de noche el pobre amante
es relox, cuyo volante
es alma del movimiento.
Asi parece en la cama,
y las horas los suspiros
que dan amorosos tiros
al índice de su dama,
todo con tal desconcierto
que nunca supe la hora
de esta encubierta señora.
Est. Pues yo tengo por muy cierto

que eres tú, Celia.
Celia. Yo? *Estela.* Sí.
Celia. No lo crea vuestra Alteza,
fie mas de su belleza.
Estela. Qué dices? quererme á mí?
Celia. ¿No se ve claro en tener
Lauro secreto su amor?
Estela ¡Que desatinado error!
Celia. ¿No puede un hombre querer
sin ofensa del sugeto,
con secreto, y discrecion?
Estela. No es amor, Celia, pasion
que sabe guardar secreto:
ahora bien, quien fuere sea,
y es mucha curiosidad:
por lo menos es verdad
que no le parece fea:
vamos de aquí.
Celia. Siempre asiste
ese pensamiento en ti.
Estela. Necia en ofenderme fuì
de agravio que no consiste
en la razon, siendo el gusto
un alvedrio sin ley,
que de los sentidos rey
puede ser justo, ó injusto:
mas ya que mi confianza
dice que es ofensa mia,
no dejaré la porfia
hasta tener la venganza.
Celia. ¡Valiente resolucion!
Julio. Esto se encamina bien,
porque el favor, ó el desden
de una misma suerte son:
porque como del favor
puede nacer la mudanza,
tiene el desden esperanza
de que se mude en amor.
Salen Ricardo y Octavio.
Octavio. Pues ya caminan tambien
por la privanza de Estela
tus cosas, que á tu cautela
no hay credito que no den;
advierte, Ricardo amigo,
no Lauro, pues para mí
no eres Lauro, pues yo fuí
parte entonces, y hoy testigo
de tu secreta invencion,
que es Celia la misma vida
que tengo en el alma asida,
y que ha llegado ocasion
en que me puedas pagar
lo que te he servido en esto.
Ricar. En obligacion me has puesto
que es imposible pensar
humana satisfaccion:
mira en que puedo servirte.
Octavio. Basta, Ricardo, decirte
que tengo á Celia aficion:
tú, pues, si llega ocasion,
infórmala bien de mí,
pues mejor se escucha asi
una amorosa aficion:
esto has de hacer en efeto,
porque en los tratos de amor
es el concierto mejor
por un tercero discreto.
Ricar. Fia de mí, que tendré
mas cuidado que del mio.
Octavio. De ti mi remedio fio.
Ricardo. Amigo Julio?
Julio. Aguardé
que con Octavio acabases
el comenzado discurso,
para no romper el curso
de lo que con él tratases.
Ricardo. ¿Hablaste al Gobernador?
Julio. Díle tu carta fingida,
de su gusto recibida,
con muchas muestras de amor:
díjele que habia venido
de donde el Príncipe estaba,
que si responder gustaba,
el que la habia traido
mañana se partiria.
Octavio. Carta le escribes?
Ricardo. Despues
sabrás, Octavio, lo que es.
Julio. Cuando de darla venia,
doy con Celia y con Estela,
de quien, señor, entendí,
que se han de lucir en ti
la ficcion y la cautela:
notable exámen, por Dios,
sobre saber quien ha sido
la dama que te ha traido

hicieron en mí las dos;
porque debe de pensar
cada una que es por ella.
Ricardo. Y qué dijistes?
Julio. Que de ella
solamente imaginar
que era en palacio podia,
pues fuera á nadie mirabas,
que de noche suspirabas,
y andabas triste de dia.
Ricard. Bien hiciste; porque es justo
ir poco á poco y á tiento;
porque de este fingimiento
no nos resulte disgusto.
Julio. Dices bien; pero yo sé,
que no le falta de ti.
Octavio. La Duquesa viene aqui.
Ricardo. Vete, Julio.
Octavio. Y yo me iré,
con volverte á suplicar
no se te olvide mi ruego.
Ricar. Será, Octavio amigo, luego
que Celia me dé lugar. *Vase Octa.*
Sale Estela.
Estela. Lauro, estas solo?
Ricardo. Aqui estaba
Octavio. *Estela.* Fuese?
Ricardo. Ya se ha ido.
Estela. Muchas veces he querido
(que sus cabellos me daba,
Lauro, la ocasion) fiarte
un secreto, y me ha faltado
atrevimiento: hoy me ha dado
licencia mi honor de darte
satisfaccion del temor,
y cuenta de lo que espero
que tan noble caballero
hará por mi propio honor.
Ricardo. Imagine vuestra Alteza
las fabulas, ó verdades
de aquellas antigüedades
llenas de horror y estrañeza;
é imagine que Theséo,
va á matar al Minotauro,
y presuma que de Lauro
espera el mismo trofeo.
Imagine que desea
tener las manzanas de oro,
cuyo guardado tesoro
fue perdicion de Medéa.
Imagine que pretende
del campo Eliseo un laurel,
y que pasando por él,
el infierno le defiende,
ó la cristalina esfera,
por quien hoy Atlante es monte,
ó como Belerofonte,
ir á matar la quimera,
que no pondré duda alguna,
si lo intentan estorbar
la tierra, el infierno, el mar
y el poder de la fortuna.
Estela. Pues en esa confianza,
caballero ilustre, advierte,
que aquel dia que me vio
el Príncipe tu pariente,
ó tu dueño, si lo ha sido,
(esto como tú quisieres)
dijo (no sé como diga,
para tratarlo de suerte,
ó con disculpa mas justa
la causa que me entristece)
que era yo en estremo fea;
vino este Julio á traerle
á Celia una carta suya,
y como ella pretendiese
saber si yo le agradaba,
(pues vino á esta corte á verme)
tan descortés como el dueño,
dijo que no libremente;
ahora quiero que veas
lo que somos las mugeres,
que mi vanidad acuses,
y que mi enojo condenes:
tan grande le tuve, Lauro,
que no hay cosa que no intente
por vengarme de este necio;
y asi quiero, pues tú puedes
ayudar á mi venganza,
que mi amistad recompenses
en escribir á Ricardo
que venga á Lorena á verme
con una invencion notable:
escuchame atentamente.
Tú has de decir en la carta,
que tanta privanza tienes

conmigo, que te he contado
mis pensamientos mil veces,
y que te dije que el dia
que me vió, sin que entendiese
que yo le veia, le ví,
y conocí claramente
(porque Celia me lo dijo)
y que me dejó de verle
tan perdida desde entonces,
que siendo naturalmente
alegre, vivo tan triste
que no hay cosa que me alegre;
porque de todos los hombres
me pareció diferente,
con cuya imaginacion
no hay noche que no me acueste,
ni dia que sin deseos
de volverle á ver despierte;
y que yo misma te dije
que si á la corte volviese
tendria gusto de hablarle,
novedad de mis desdenes,
castigo de mis desprecios
padecidos justamente
por haber sido con todos
ingrata y áspera siempre.
Dentro, Lauro, de la carta
quiero tambien que le lleven
un retrato porque vea
lo que tan mal le parece;
este es hombre, al fin, y mozo,
y pienso que como piense
que una muger como yo
con tanto extremo le quiere,
vendrá sin duda á buscarme,
que tanto les desvanece
su presuncion; y está cierto
que si el necio á verme viene,
le tengo de enamorar
tan diestra y tan falsamente
que llegue á vivir sin alma;
y que cuando llegue á verse
en estado que yo pueda
á la venganza atreverme,
me tengo de retirar
con celos y con desdenes,
que le ponga en ocasion
que le parezca la muerte
mas alegre que la vida,
y si este caso sucede,
como le tengo trazado,
y tú, Lauro, no me vendes,
tengo de hacer que Ricardo,
aunque no quiera, confiese
que soy lo que dicen todos,
y que en haber dicho, miente,
que soy fea; despreciando
lo que en reinos diferentes
ha parecido á sus dueños
(tan buenos como él) de suerte,
que por mil embajadores
han intentado ofrecerme
los imperios y las manos,
para que acetase y diese
las mias á quien castiga
mi arrogancia justamente,
pues me ha despreciado un hombre
que solo el nombre me ofende,
que no merecen amor
los que son tan descorteses
que á las mugeres les quitan
lo mejor que las concede
naturaleza piadosa
para que estimadas fuesen;
y pues no estás bien con él,
permíteme que me vengue,
si vencido de tu engaño,
y desvanecido vuelve,
que no hay víbora en la Scitia,
ni tiene el Africa sierpe,
como muger agraviada
de que el hombre la desprecie.
Ricardo. Pésame, Duquesa ilustre,
(por la parte que me toca
Polonia) la opinion loca
de un hombre de tanto lustre;
que aunque no es justo alabar
delante de quien lo siente,
el que agravia injustamente
al que se quiere vengar,
os aseguro que es hombre
de entendimiento y valor,
y en efecto un gran señor,
que basta solo este nombre.
No sé como puede ser
que le pareciese mal

un ángel tan celestial
en figura de muger:
pero en fin, hay en los gustos
tal vez tan mala eleccion,
que en la mayor discrecion
son por estraños injustos:
pero os puede consolar
que de vuestra parte estaba,
que siempre se desalaba
lo que se quiere comprar:
justamente os vengareis,
y yo á escribirle me ofrezco
contento de que merezco,
que estrangero me fieis,
señora, tan gran secreto;
y asi pienso despachar
á Julio, que sabrá dar,
como criado y discreto,
la carta en su propia mano.

Estela. Pues esto aparte, escuchad,
si en nuestra firme amistad
todo en cumplimiento es vano:
cuando un músico pretende
á otro músico escuchar,
suele primero cantar,
y el otro no se defiende:
porque al fin está obligado
de lo que el otro cantó;
y asi para oiros yo
mi secreto os he contado.
¿Como se llama la dama
a quien servís? *Ric.* Gran señora,
no me pregunteis ahora
como mi dama se llama,
porque siendo desigual,
notable ofensa sería.

Estela. El favor y amistad mia
¿como puede estarte mal,
(sea quien fuere la dama)
pues yo ayudarte prometo?

Ricardo. Por pagar vuestro secreto,
Celia, señora, se llama.

Estela. Pésame. *Ricardo.* ¿Por que?

Estela. Yo soy
con vosotros desgraciada:
nacion tan mal inclinada
á mi favor (¡loca estoy!)
tu dueño me llama fea,
y tú aun de burlas no quieres
(tan descortés, Lauro, eres)
querer que la dama sea:
notable estrella he tenido
con vosotros.

Ricardo. Pues, señora,
¿si yo te dijera ahora,
á tu grandeza atrevido,
que eras el alto sugeto
de mi humildad, no me hicieras
castigar? *Est.* No, mientras fueras
honestamente discreto;
porque ¿como puede ser
dar castigo por amar?
Por amar se ha de premiar,
que no por aborrecer:
querer mal á quien me quiere
no era cosa natural,
yo no te quisiera mal,
pues de esta razon se infiere:
el galan que se contenta
del estado de su dama,
jamas ofende á quien ama,
pues lo que es honesto intenta.

Ricardo. Duquesa y señora mia,
dándome tanta licencia
vuestra discreta prudencia,
vuestra dulce cortesía,
dirá (¡mas ay osadía *ap.*
de mis fáciles antojos!
¿como direis mis enojos,
si podeis con menos mengua
hacer de los ojos lengua,
pues saben hablar los ojos?)
¿quien es el sol que me enciende,
y me yela y me acobarda:
quien la tirana gallarda
que en su dulce Argel me prende:
quien me entiende y no me entiende:
quien es mi dulce homicida:
quien mi esperanza perdida
en tanta gloria convierte:
que de tan hermosa muerte
aun se halla indigna la vida?
Ea, pues, atrevimiento,
ahora es tiempo de hablar,
pues os mandan declarar
vuestro oculto pensamiento;

mas si lo que callo y siento
se puede en los ojos ver,
presumir y conocer,
aunque me deje morir
no se lo quiero decir,
pues no lo quiere entender. *Vase.*

Estela. Con razon me tuvo atenta
relacion tan bien fundada;
de oirle quedo admirada,
mas no quedo descontenta;
que cualquiera atrevimiento,
siendo amoroso, perdona
una gallarda persona,
y un discreto entendimiento.
Mucha licencia le dí,
por saber á quien queria,
mas sirva en disculpa mia
el quererme Lauro á mí;
porque enojada y corrida,
estaba desconfiada,
del Príncipe despreciada,
y de Lauro aborrecida:
que á quien ninguno procura
querer bien y vive en calma,
ó es hermosura sin alma,
ó es alma sin hermosura.

Sale Celia.

Celia. Bien de espacio vuestra Alteza
ha estado con Lauro.

Estela. Emprendo
la venganza que pretendo
de su ingenio y su nobleza,
que á los dos he confiado
el hacer que venga aqui
Ricardo. **Celia.** ¿Y dice que si?

Estela. Esa palabra me ha dado.

Celia. ¿Pues como vendrá?

Estela. Secreto,
para que le pueda hablar,
que hablándole, pienso dar
á mi pensamiento efeto.

Celia. ¿Y si se sabe en la Corte,
que Ricardo viene aqui?

Estela. Dejame el cuidado á mí,
cuando el esconderle importe,
que le tengo de burlar,
aunque aventure en rigor,
cuanto no fuese mi honor.

Celia. No te quiero aconsejar;
conozco tu condicion
tan furiosa resistida,
que aunque aventure la vida
has de lograr tu opinion:
pero dime, ¿preguntaste
á Lauro la dama? **Estela.** Sí.

Cel. ¿Y á quien ama Lauro? **Est.** A ti.
Tú, Celia le enamoraste,
tú le trajiste á Lorena,
por ti su dueño olvidó.

Celia. No es posible sea yo
la que lo fue de su pena.

Estela. No me dé el cielo ventura,
si no me lo dijo asi.

Celia. ¿Que me quiere Lauro á mí?

Estela. Bien puedes estar segura.

Celia. ¿Y agradecida tambien?

Estela. Eso no; porque es mal caso,
cuando sabes que te caso,
querer á ninguno bien.

Celia. Si le pesa á vuestra Alteza,
ni le veré, ni hablaré.

Estela. No me pesa; pero sé
que puede su gentileza
impedir la voluntad
del tratado casamiento,
si este nuevo pensamiento
te quita la voluntad.

Celia. No pasará por el mio
querer á Lauro.

Estela. Harás bien. *Vase.*

Celia. No hay ocasion que le den
al amor, como al desvío,
mal, si con celos intenta
que muestre á Lauro rigor;
porque resistido amor,
con la privacion se aumenta. *Vase.*

Salen Ricardo y Julio.

Ricardo. Ponte, Julio, de camino,
y por la posta saliendo,
á vista de la ciudad
llegarás, á donde tengo
al Conde y á los criados
que de Polonia vinieron
en mi servicio, y dirás
que vuelvan todos fingiendo,
aunque con poco ruido,

que vengo tambien con ellos:
esta carta me darás, *Dale una carta.*
en que le escribo, que luego
que ví la de Lauro, puse
en egecucion su intento;
y advierte, que me la des,
con atrevido despejo,
delante de la Duquesa.
Julio. No has tenido pensamiento
de mas ingenio en tu vida.
Ricardo. Es amor grande ingeniero:
las máquinas de Arquimedes
no son encarecimiento
para las que tiene amor.
Julio. Ya sé que amor es tan diestro,
que fabrica laberintos,
tal vez á maridos necios.
Ricardo. Parte, Julio, con cuidado.
Julio. Yo parto en brazos del viento,
para volver con sus alas. *Vase.*
Ricardo. Y yo quedo satisfecho
de tu diligencia, Julio. *Sale Celia.*
Celia. Lauro? *Ricardo.* Señora?
Celia. ¿Que es esto?
¿dónde despachas á Julio?
Ricardo. Al Príncipe, con deseo
de dar gusto á la Duquesa,
á quien ya tengo por dueño:
ni es deslealtad engañarle
y hacerle venir, pues pienso
que aunque pretende burlando
enamorarle, el ingenio
de Ricardo es tan sutil,
que por sin duda sospecho
que le ha de querer de veras.
Celia. Aqui me dijo su intento,
y que habia preguntado
quien era aquel nuevo empleo
de tus pensamientos, Lauro.
Ricardo. ¿Y que te dijo?
Celia. No acierto
á decirte que soy yo;
pero si no te agradezco
tanto amor, que por el mio
hayas dejado á tu dueño,
y aventurando tu honor
en ocasion te hayas puesto
de estar en pais estraño
con nombre tan bajo y preso,
mal cumplo la obligacion
de mi noble nacimiento;
y asi digo que lo estimo,
Lauro galan, como debo,
y cuanto puede mi estado
mostrar agradecimiento,
que de ser agradecida
á quien me estima me precio,
mayormente con amor
que es accion de nobles pechos.
Ric. Celia, yo sé que un hombre desdichado,
para mayor desdicha fue dichoso,
como mi egemplo muestra que ha llegado
á romper mi silencio temeroso:
tu agradecido pecho, tu cuidado,
y el verme tan aprisa venturoso,
siendo en tus prendas mi valor tan poco,
fueran bastantes á volverme loco.
Díjome Octavio que eras, Celia hermosa,
alma de sus sentidos, y que estaba
sin la suya por tí, con amorosa
ternura, que las piedras ablandaba;
que, pues con la Duquesa generosa
hallé tal gracia, que en palacio entraba
con libertad, y en él te hablaba y vía,
fundaba su esperanza en mi osadía.
Quererte y engañarle es imposible,
aunque me muera yo, dejarle debo
la empresa á Octavio, y con dolor terrible,
cuando puedo vivir, la muerte apruebo:
tú, cuando fuere á tu valor posible
(mira que engaño en el amor tan nuevo)
que á Octavio favorezcas, sin que Octavio
sienta mis celos, y tu amor mi agravio.
Celia. Si tuvieras amor, ¿quien te quitaba
que le dijeras, Lauro, á Celia quiero,
aunque lo que él de mí te declaraba,
en su imaginacion fuera primero?
mas como el no tenerle te obligaba,
sigues la ley de amigo verdadero,
que tantos han quebrado con disculpa,
de que el agravio por amor no es culpa.
Traidor fuiste á los dos, á tí callando
tu amor, cuando su amor te fue diciendo,
y á mí, pues mis favores despreciando,
de tu villana ingratitud me ofendo:
ninguno me hable, aunq se muera amando

porque á los dos estoy aborreciendo.
Ricardo. Celia, señora.
Celia. Vete, impertinente.
Ri. Por Dios, que la engañé discretamente.
Vase, y salen Estela, y el Gobernador.
Estela. ¿Carta del Príncipe á tí?
Gober. Por mano de Octavio ha sido
este milagro. *Estela.* Ofendido
Ricardo estará de mí,
viendo que dí libertad
á Lauro. *Gobern.* Engáñase en todo
vuestra Alteza: de otro modo
intenta hacerle amistad.
Estela. ¿Como amistad? *Gobern.* Esta es
la carta, que vista fuera
causa que pena me diera
de haberle preso despues.
Dale una carta á Estela, y esta á Celia.
Estela. Celia ¿es su letra?
Celia. Y su firma.
Estela. Lee. *Celia.* Escucha.
Estela. Como sombra
este Príncipe me asombra,
y sus agravios confirma.
Lee Celia. *El enojo que me dió Lauro con su necia partida, me hizó tomar tan mal consejo por detenerle: Suplico á V. S. que si está preso, le dé libertad, y si no, le persuada, que se vuelva conmigo, que estoy en una Aldea, á veinte leguas de esa Corte enfermo, desde que se partió; porque fuera de ser mi primo, es mi mayor amigo.*
Estela. Dos cosas vienen aqui
notables; es la primera
ser su primo: ¿quien creyera
menos de Lauro? *Celia.* Es asi,
la nobleza trae escrita.
Estela. La otra, que enfermo esté
desde que de aqui se fue.
Celia. No sin causa solicita
que vuelva Lauro con él.
Estela. Responded, Gobernador,
que no fuisteis con su honor
de Lauro vos tan cruel;
y que nunca estuvo preso,
que le hablareis con cuidado
de verle tan agraviado
por aquel pasado exceso;
pero no le prometais,
que irá á verle. *Gobern.* A escribir voy.
Estela. Ni que yo avisada estoy
del mal que tiene escribias.
Vase el Gobernador, y sale Ricardo.
Ricardo. Parecióme que trataban,
gran señora, vuestra Alteza
y el Gobernador de mí.
Estela. Hay una cosa muy nueva.
Ricardo. ¿Como?
Estela. El Príncipe tu dueño,
mejor tu primo digera,
no veinte leguas de aqui
está enfermo en una aldea.
Ric. ¿Enfermo? *Est.* Asi lo escribió.
Ricardo. ¿Pues como estando tan cerca
no se ha sabido? *Estela.* Habrá dado
tambien en que no se sepa,
como en otras necedades;
porque presumo que piensa
que estás preso. *Ric.* A no haber sido
por tu piedad, yo estuviera,
no solo en duras prisiones
entre la gente plebeya,
mas por ventura sin vida.
Estela. Primero la suya sea
egemplo de desdichados,
y nunca á Polonia vuelva.
Celia. ¿No le dices como quiere
que Lauro vaya á la aldea?
Ricardo. ¿Pues escribe que yo vaya?
Estela. Con el temor de tu ausencia
aun no te osaba decir
que verte, Lauro, desea;
pero si sientes tu agravio
(como es razon que lo sientas)
no pienso yo que en tu vida
volverás donde te vea.
Ricardo. Si mi ausencia, como dice,
la ha de sentir vuestra Alteza,
perdone esta vez Ricardo,
por mas que la sangre mueva
los deseos de su vista:
fuera de estar mi inocencia
tan sentida de su agravio.
Sale Julio con una carta.
Julio. Quien pensara que pudiera

volver tan presto de España.
Ricardo. ¿Es Julio?
Julio. Con razon llegas
á dudar si Julio soy,
dando tan presto la vuelta,
que mas parece soy Marzo.
Estela. Lauro, ¿Julio estaba fuera?
Ricardo. Fue el criado que escogí,
fiado en su diligencia,
para lo que hacer mandaste;
y pues ya lo sabe Celia,
y este loco ha entrado aqui
(que hablarme despues pudiera)
él te dirá lo que pasa,
escuchando que en la aldea,
que dice el Gobernador,
le ha detenido en Lorena
peligrosa enfermedad.
Julio. Si lo saben, ¿que me queda
para que le pida albricias?
Ricardo. Saber si te dió respuesta.
Julio. Esta carta, y por la tuya *Dásela.*
el porte de esta cadena:
queda loco del retrato,
y el favor de la Duquesa;
de suerte, que al mismo punto
(como si tu imágen bella
fuera de milagros) pide
le den de vestir, y queda
tan alentado y brioso
que el Conde y la gente nuestra
han dado con los caballos
por varias partes carreras,
alborotando el lugar,
como al salir la sentencia
de un gran estado en las Córtes,
los que van á dar las nuevas.
Estela. ¿Pues el que me tuvo en poco,
y á quien parecí tan fea,
con belleza y mi favor
y mi retrato se alegra?
Ricardo. Debe de querer el Cielo
dar á tu venganza fuerzas:
leeré la carta. *Estela.* Despues
quiero, Lauro, que la leas
cuando estemos los dos solos.
Ricardo. ¿De que manera conciertas,
que venga á verte Ricardo?
Estela. Porque no demos sospecha,
verme de noche podia.
Ricard. ¿Y ha de entrar á tu presencia?
Estela. No, Lauro, que no es razon.
Ricard. ¿Pues como quieres que sea?
Estela. Hablándome como amante
por alguna de las rejas
que salen á los jardines.
Ricardo. Ya voy previniendo penas.
Estela. ¿De qué, Lauro?
Ricardo. ¿Ya, señora,
de aquel favor no te acuerdas,
con que prometiste dar
vida á mi esperanza muerta?
Estela. Sí acuerdo.
Ricardo. ¿Pues no es razon
que celos de un hombre tenga
de las prendas de Ricardo?
Estela. Calla, Lauro, que si llega
esta venganza á su punto,
como mi agravio desea,
él tendrá celos de tí. *Vase.*
Ricardo. Beso los pies de tu Alteza.
Celia. ¿Lauro? *Ricardo.* ¿Celia?
Celia. ¿No hablarás
conmigo mientras Estela
con el Príncipe? *Ricardo.* Si Octavio,
señora, me da licencia.
Celia. ¡Que cobarde caballero!
Ricardo. Señora, guardar es fuerza
el decoro á la amistad. *Vase Celia.*
¿Que dices, Julio? *Julio.* Que enredas
tal máquina de invenciones,
que es imposible que puedas,
si has de ser Lauro y Ricardo,
salir bien con lo que intentas.
Ricardo. En gran peligro me veo,
pues he de hablar en la reja
á Estela, como Ricardo,
y como Octavio con Celia:
mas como voy entablando,
Julio, el amor que me muestra,
¿que daño puedo temer
cuando el engaño se entienda?
Julio. Pareces amante alcon
en conquistar su belleza,
que gustan de que la caza,
que han de comer, se defienda.

JORNADA TERCERA.

Salen Octavio y Ricardo.

Octavio. Notable invencion ha sido,
tú mismo fingirte á tí.
Ricardo. Mayor es, estando aqui,
ser el Conde el que ha venido.
Octavio. ¡Que bien fingido secreto!
bien llegaron tus criados.
Ricardo. Vienen diestros y enseñados
del Conde para este efeto;
pero el peligro mayor
es hablar á la Duquesa:
cuando esto pienso, me pesa
de haberla tenido amor.
Octavio. En vano tienes temor,
que no te ha de conocer
por el habla, si ha de ser
en la distancia mayor;
y cuando á su pensamiento
malicia pueda llegar,
por la patria ha de pensar,
que teneis un mismo acento.
Ricardo. Esa razon es verdad,
y gran ventura haber sido
esta noche, en que he venido,
un limbo de obscuridad.
Algo tiene que decir
la luna en esta ocasion
al pastor Endimion,
pues no ha querido salir:
y como son sus doncellas
las estrellas que las vén
habrá querido tambien
recoger á las estrellas:
lluvioso el Cielo se muestra,
y favorable á mi engaño.
Octavio. El habla no te hará daño,
que no es Estela tan diestra;
y como es tan poderosa
la imaginacion, no dudes
que por poco que la mudes,
quede Estela sospechosa.
Ricardo. Paréceme, que dirás,
¿á que efecto me he fingido
con ella el mismo que he sido,
pues no ha de quererme mas?
Mira, Octavio, esta señora,
por soberbia de hermosura,
dió en despreciar la ventura
que tiene dudosa ahora;
pues ya la tengo en estado,
que cuando llegue á saber
quien soy, no podrá tener
desprecios de mi cuidado.
Octavio. Dichoso fuiste, mas yo
tan desdichado me veo
con Celia, y con mi deseo,
que Celia me aborreció,
y él no me quiere dejar.
Ricardo. Celia será tuya. *Octavio.* Mia?
Ricardo. Si llegare, Octavio, dia
que yo lo pueda mandar.
Octavio. Quiéralo el Cielo.
Ricardo. Si hará.
Octavio. Julio sale. *Sale Julio.*
Ricardo. ¿Es hora? *Julio.* Sí.
Ricardo. ¿Sale ya á las rejas? *Julio.* Ya.
Ricardo. Pareces eco. *Julio.* En oyendo
que estaba allí, me llamó,
entré, ví al sol, y él me vió
á media noche saliendo:
aqui vieras la oratoria
en su punto: finalmente
me preguntó: ¿como siente
Lauro la amorosa historia
de su príncipe Ricardo?
Despues que á la corte vino,
ya celoso le imagino,
que me dicen que es gallardo.
Señora, la repliqué,
toda la noche han estado
juntos, y de tí han hablado:
y en esto no la engañé,
pues que sois uno los dos.
Siente que esta noche quieras
hablarle, y si perseveras,
matas á Lauro, por Dios:
ya no lo puedo escusar,
dijo, pues está en la calle,
y celos, sin ver su talle,
¿como se pueden causar?
Vete, dijo, y dí que ya
salgo al balcon: está atento,

que en las celosías siento
que alguna persona está;
y pues te has determinado,
llega á morir ó á vencer.
Ricardo. Dos papeles he de hacer,
que el poeta amor me ha dado:
ya he de ser Ricardo, y ya
Lauro; pero Octavio entienda,
que los mismos le encomienda,
que asi concertado está:
Ricardo y Lauro he de ser.
Octavio. Si sales con este engaño,
servirá de desengaño
de lo que amor puede hacer.
Ricardo. Señas han hecho, yo llego.
Salen Estela y Celia, cada una á su reja.
Octavio. En dos partes hacen señas.
Ricardo. Si á Celia, Octavio, conoces,
fíngete Lauro con Celia,
porque yo me fingiré
Ricardo con la Duquesa,
si es fingirme el ser quien soy:
tú, Julio, ya entiendes. *Julio.* Llega,
y entre tanto dormiré,
mientras ellos se desvelan.
Estela. ¿Es el príncipe Ricardo?
Ricardo. ¿Es, señora, vuestra Alteza?
finja la voz, para que *ap.*
tenga el engaño mas fuerza.
Estela. Yo soy. *Ricard.* Y yo quien adora
esas hermosas estrellas.
Este. ¡Cielos, el eco en Ricardo *ap.*
á la voz de Lauro suena!
¿Que direis de mi osadía?
pero fuera yo muy necia
si disculpara á quien vió
vuestra rara gentileza:
no he sabido defenderme
de vos, pues que tanta ausencia
sola una vista no olvida.
Ricardo. Si amor con milagros piensa
hacerme tan venturoso,
¿que tengo yo que le ofrezca,
si os he dado á vos el alma?
la enfermedad de la aldea
fue de amor, fue de haber visto
vuestra divina belleza.
Celia. Ha caballero, ¿sois Lauro?
Octavio. Lauro soy, hermosa Celia.
Celia. ¿No quereis hablar conmigo
por no dar celos á Estela?
Octavio. Yo, mi señora, no doy
celos, y cuando los diera,
aventurara mi daño
por el gusto de quien reina
por alma de mi alvedrío,
donde no puede haber fuerza
mayor que la voluntad.
Celia. ¡Que desigual competencia
hacemos mi prima y yo!
Octavio. No puede Estela tenerla
con vos, si yo soy la causa.
Celia. ¿Con que quereis que agradezca
tanta merced? *Octavio.* Con pagarme:
mirad que breve respuesta.
Estela. Muriéndome estoy de ver *ap.*
que hablen juntos Lauro y Celia:
¿que haré para dividirlos?
Ricard. ¿Con quien habla vuestra Alteza?
Est. ¿Es Lauro aquel? *Ricard.* Si señora.
Estela. Decidle que á hablarme venga,
y vos á Celia dareis
de lo que tratemos cuenta,
que es muy justo, por amiga,
por mi prima, y deuda vuestra.
Ricardo. ¡Notablemente sucede! *ap.*
¡cuanto se engaña quien piensa,
que nadie puede engañarle!
Lauro? *Octavio.* Señor?
Ricardo. Dad licencia
por un instante: oye aparte.
Octavio. ¿Conocióte la Duquesa?
Ricardo. De ninguna suerte, Octavio:
mas como de ver le pesa
que hebles con Celia, que al fin
presume que hablo con ella,
me ha mandado que te llame,
y que entre tanto entretenga
á Celia. *Octav.* ¿Pues que has de hacer?
Ricard. Que tu á hablar á Celia vuelvas,
y yo vuelva como Lauro,
de suerte, que vaya y venga
á ser dos, siendo uno mismo.
Octavio. ¡Estrañas cosas intentas!
Ricardo. No puede mi desatino
volver atras aunque quiera.

Vuelven cada uno á su reja.

Ricard. ¿Es vuestra Alteza? *Est.* Yo soy.
Octavio. Ya vuelvo, divina Celia,
á abrasarme en vuestras luces.
Celia. Decidme, por vida vuestra,
lo que el Príncipe os queria.
Octavio. Caprichos de la Duquesa
son de su ingrata altivéz.
Ricardo. Que me llama vuestra Alteza
me dijo el Príncipe. *Estela.* Lauro,
hame dado mucha pena,
que hables con Celia. *Ricardo.* Señora,
Dios sabe que no quisiera
ni verla, ni haber nacido,
pera ser de mis ofensas
tercero, como lo soy.
Estela. ¡Hay tan notable estrañeza! *ap.*
que á Ricardo y Lauro un mismo
acento naturaleza
les concediese! ¿es prodigio?
¿De que pretenda te quejas
vengarme con estas burlas?
Ricardo. Quien llega á morir de veras,
no funda en burlas sus celos.
Estela. Lauro, si yo presumiera
que esto habia de causarte
un átomo de sospecha,
ni la venganza intentara,
ni aunque me llamara necia,
(que entre personas con alma
es mas agravio que fea)
tratara de castigarle.
Ricardo. Que satisfaccion merezca
de esa boca mi osadía,
todos mis celos sosiega:
¡O que palabras tan dulces!
Bien haya quien paga en perlas
penas de celos fingidos.
¡O quien estuviera cerca
para deshacer las hojas
de esas blancas azucenas,
poniendo en ellas la boca!
Estela. Yo aguardaba que amanezca,
por ver al Príncipe el talle;
pero porque me agradezcas,
que este deseo no cumpla
(que en muger es cosa nueva)
dí al Príncipe que perdone,
porque la aurora no sea
causa, que alguno en palacio
esta novedad entienda:
esto fineza parece.
Ricardo. Si en la voluntad engendra
alma amor, sean mil almas
agradecida respuesta:
yo voy para que nos vamos,
que noches, señora, quedan
para engañarle, y como es
mozo de poca experiencia,
y soberbio de su talle,
no dudes de que ya piensa
que estás de él enamorada.
Estela. Bien dices, yo me voy: ¿Celia?
Célia. ¿Señora?
Estela. Vamos de aqui. *Vase.*
Celia. A Dios, Lauro. *Vase.*
Octavio. ¡Quien pudiera
iros siguiendo, sol mio!
Ricardo. Ah Julio, Julio, dispierta.
Julio. ¿Quien llama?
Ricardo. ¿No me conoces?
Julio. Mueran::-
Ricardo. ¿A quien dices mueran?
Julio. ¿Donde están los enemigos?
Ricardo. Deten la locura, bestia.
Julio. ¿Que te ha sucedido, en fin?
Ricardo. ¿Quien pensara, que tuviera
tan firme imaginacion
en mi fe, y en su grandeza,
para no ser engañada?
Julio. Triste está Octavio.
Octavio. No alegran
dichas fingidas. *Ricardo.* La aurora,
ya por la boca risueña,
cándidos rayos dilata,
flores y fuentes le besan
los coturnos de oro y nacar.
Julio. Y yo dijera en mi lengua,
que salia la mañana
en chapines ó en chinelas.
Ricardo. O, Amor, ¡que será de mí!
A Dios, rejas. *Vanse los dos.*
Julio. ¿Quien creyera,
que no hubiera para Julio
una Inés en esta feria?
mas dícenme que se cansan

de que los amantes tengan
criado para criada,
y asi no hay Ines, paciencia. *Vase.*

Salen Estela, y Celia.

Estela. ¿A mí me quieres hacer,
prima, tan grande disgusto?
Celia. La que se casa sin gusto,
¿donde le piensa tener?
Estela. Casada toda muger,
ama despues su marido:
pocas dichosas han sido,
por casarse enamoradas.
Celia. Debieron de ser culpadas:
¿cuando amor merece olvido?
Estela. Si Lauro no te obligara,
yo se que me obedecieras.
Celia. Y yo que no te ofendieras,
si Lauro no te agradara;
pero, señora, repara
en que no te iguala á tí
Reyes, y Príncipes sí:
luego no he pensado mal,
que un hombre, que no es tu igual,
será bueno para mí.
Estela. Celia, menos bachillera,
que yo me puedo casar
con mi gusto, y puedo dar
mi estado á quien menos fuera:
¿y cuando yo á Lauro quiera,
no es Lauro primo de quien
á mí me estubiera bien?
luego aquel mismo valor
me puede obligar á amor,
como al Príncipe á desdén.
Celia. Como tu melindre ha sido
tan recatado hasta ahora
en querer buscar, señora,
entre Príncipes marido,
no pensé verle rendido
á un hombre, que no lo es:
y me espanta de que des
en querer, Estela, asi,
quien me quiere sola á mí,
pero á tí por interes.
Estela. ¡Que loca te tiene amor!
Lauro á tí? *Celia.* Si anoche oyeras
á Lauro conmigo, hubieras
desengañado tu error.
Estela. Del Príncipe su señor,
que conmigo, Celia, hablaba,
celoso por dicha estaba;
pues cuando yo le llamé,
desengañada quedé
de que Lauro te engañaba.
Celia. ¿Como que te hablaba á tí?
pues nunca Lauro te habló,
si de mí no se apartó,
en cuanto estuviste aqui.
Estela. Digo, que le hablé, y le oí
tan tierno, tan dulce amante,
que se ablandara un diamante.
Celia. No sé como pueda ser
que de Lauro pueda haber
un retrato semejante:
pero pues se ha declarado
de esta suerte vuestra Alteza,
en mí fuera ya bajeza
darle con celos cuidado,
y del que Lauro me ha dado.
quedo tan arrepentida,
que no le hablaré en mi vida;
que prenda tan estimada
no ha de ser de mí enojada,
sino adorada y servida. *Vase.*
Es. ¿Soy yo por dicha, pensamiento mio
la que jamas rindió su pensamiento,
y él os quiera vencer mi entendimiento,
y entrar con mi valor en desafio?

Sale Julio.

Julio. Salga vuestra Alteza á ver
del Príncipe mi señor,
un presente, aunque en valor
tan desigual viene á ser
con el que hoy ha recibido
de tus manos liberales,
que en sus minas celestiales
diamantes han producido;
si bien mas que los diamantes,
la ropa blanca estimó,
que nunca el sol se vistió
con auroras semejantes;
porque tan lindas camisas
parece que le dió el alba

en su azafate, con salva
de sus flores y sus risas.
Alaba olor y limpieza
de las cajas de ciprés,
y dice que todo es
retrato de tu belleza.
Finalmente, se ha esforzado
á enviarte niñerías.
Estela. ¿Que tan presto de las mias
el Príncipe se ha pagado?
Julio. No son cosas de valor;
sí bien son curiosidades.
Estela. Con esto me persuades
que me tiene poco amor.
Julio. Solo un retrato le tiene,
que está engastado en diamantes.
Estela. ¿De quien?
Julio. Porque no te espantes,
la lengua el nombre detiene.
Estela. Di presto. *Julio.* De Lauro es.
Estela. Retrato de Lauro á mí
con tantos diamantes? *Julio.* Sí;
porque dice que despues
que te oyó decirle amores,
no te pudo hacer presente
de mas valor. *Estela.* Lauro miente,
si le ha dicho mis favores.

Sale Ricardo.

Ric. Siempre he de hallar, señora, en vues-
á Lauro? (tros labios
Estela. No esta vez por gusto mio,
sino para vengar justos agravios.
Ric. Mas de tu ingenio y tu valor confio.
Est. Nunca se alaban los amantes sabios
(porque es ingratitud y desvarío)
de los favores de sus damas. *Ric.* Mira
que son los celos del amor mentira.
Díjome anoche el Príncipe, señora,
que nos oyó requiebros, cuando hablaba
con Celia, en cuya plática el aurora
nos halló sin dormir, tan necio estaba:
con esto Julia te habrá dicho ahora,
que mi retrato propio te enviaba,
pasándole á una caja de otro suyo.
Estela. Mas la merece sin enojo el tuyo.
Ric. Pues si esto es la verdad, los claros
serene de los ojos vuestra alteza, (cielos
que no se han de atrever á cielos celos;
ni la sombra á la luz de la belleza.
Estela. Lauro, ¿no me bastaban los recelos
de Celia, que me han dado igual tristeza,
sino pensar de ti que me vendias?
Ricardo. ¿Pues que dice de mí?
Estela. Que la querias.
Ricardo. Yo? *Estela.* Sí.
Ricardo. Tú mismá entretenella,
señora, me mandaste; y porque fuese
mas secreto mi amor, fingí querella,
no porque yo, señora, la quisiese.
Est. Lauro, Lauro, no mas hablar con ella,
que hablaré con Ricardo, aunque te pese:
ya no es tiempo que andemos en secretos.
Ric. Pues no es secreto amor entre discretos?
Est. Llegando á declararme de esta suerte,
no quiero discreciones. *Ric.* Gran señora,
que está aqui Julio, y que nos oye advierte.
Estela. Pues por eso haré yo matarle ahora.
Juli. ¿A mí, señora, á mí me das la muerte?
¿por que delito á Julio que te adora?
pero para la muerte, ¿que mayores,
que haber sabido faltas de señores?
Estela. Por el donaire, Julio, te perdono.
Julio. Ea, que no pensabas en matarme,
que tengo en tu grandeza ilustre abono,
y aqui no tienes tú que perdonarme;
pero asi del mayor imperio y trono
tu casa de Lorena timbres arme,
como pienso que Lauro te parece,
y no es falta querer quien te merece.
Estela. Lauro, ¿ahora tristezas?
Ricardo. ¿Nunca oiste
que en la prosperidad ninguno es sabio
y que mejor un hombre se resiste
de la desdicha en el adverso agravio?
Estoy (¡ay Dios!) de tus favores triste,
desconfiado el pecho, mudo el labio,
el alma sin valor, y la esperanza
temiendo la fortuna en la bonanza.
Veo celoso al príncipe Ricardo,
príncipe al fin, y á ti no mal contenta
de verle padecer: pues ya, qué aguardo,
si sé el peligro, y temo la tormenta?
El de Polonia próspero y gallardo,
público, Estela, ya servirte intenta:
¿pues en saliendo en público, no miras
que en vano de ti misma te retiras?

Ni tú querrás que yo pierda la vida
á manos de Ricardo injustamente,
que un hombre de quien tú fuiste homicida
solo le ha de matar su pena ausente:
y no presumas que la ausencia olvida
en tu hermosura efecto diferente,
que tiene amor para impresiones tales
estampa de las almas inmortales.
Estela. Lauro, si tú no supieras
mi calidad y valor,
ingrato á mi grande amor,
temer mudanza pudieras;
mas si quien soy consideras,
es justo que consideres
que no todas las mugeres
á cualquier viento que corre,
como veleta de torre
mudamos de pareceres.
No he pensado declararme
tan locamente contigo,
ni es bien, si lo mas te digo,
en lo menos recatarme:
para ayudar á vengarme,
no ha de faltarte valor,
escucha, y pierde el temor,
que si amor credito alcanza,
quien no tiene confianza,
no diga que tiene amor.
Ricardo. Señora, nunca he temido
de tu generoso pecho;
de mi poca dicha sí.
Estela. Oye lo que digo, atento,
para abreviar la venganza,
y quitarte, Lauro, el miedo.
Dile al Príncipe Ricardo,
que si como yo le quiero,
me quiere, y como me agrada,
le agrado, no nos cansemos
en calles, rejas y noches,
dilatando el casamiento,
que de la Corte se vaya,
y que vuelva descubierto,
echando fama, que ha sido
resuelto por mi Consejo,
que nos casemos los dos:
y cuando juntos estemos,
y él llegue á darme la mano,
diré (gran venganza espero)
retirando yo la mia
diré con atrevimiento:
Príncipe, no me agradais,
atrás la palabra vuelvo,
porque si os parecí fea,
vos me parecisteis necio.
Ricardo. Notable imaginacion!
Estela. Lauro, en esto me resuelvo.
Ricardo. Y si se enoja Ricardo?
Este. Que importa, si entonces tengo
mil soldados prevenidos.
Ricardo. ¿Y yo que figura llevo
en este discurso tuyo?
Estela. Ser condicional concierto,
que tú vienes á casarte
con Celia, para que al tiempo,
que te quiera dar la mano,
puesto que eres tú tan bueno
como él, premie tu cariño,
y en él castigue un desprecio.
Ricardo. La venganza, Estela mia,
conozco que es de tu ingenio,
y la merced que me haces,
digna de tu heroico pecho;
mas si Ricardo agraviado,
previene egercito luego::-
Estela. ¿Por donde le ha de pasar
desde Polonia su reino
al ducado de Lorena?
Ric. Ahora bien; lo que has resuelto,
es para tanto honor mio,
que acertado, ó desacierto,
se ha de egecutar por mí.
Da cuenta á tu parlamento
de lo que has determinado:
mientras al Príncipe vuelvo.
Estela. Voy á prevenir á Celia,
de quien me vengo con esto,
de los zelos que me ha dado. *Vase.*
Ricardo. Siempre se vengan los zelos.
Julio. Escuchando estas locuras
he estado atento, aunque pienso
que debo de haber soñado,
señor, lo mismo que veo
Disculpo de la venganza
á la Duquesa, y confieso,
que haberla llamado fea
es el ultimo desprecio

en condicion de muger,
y que este notable enredo
es fábrica del agravio
en su raro entendimiento.
Lo que me admira y me obliga,
Ricardo, á perder el seso,
es ver que el Príncipe seas,
y que digas muy severo
que irás por él, ¿donde, cuando,
á quien, ó como: que es esto?
¿que Príncipe ha de venir?
sino que estás previniendo,
que venga el Conde en tu nombre.
Ricardo. Hoy ha de quedar deshecho,
Julio, todo este teatro
de la fortuna y el tiempo:
hoy ha de hacer fin mi engaño,
viendo que ha llegado al puerto
de mi esperanza, y vencido
este gigante soberbio,
despreciador de los hombres.
Julio. ¿Como?
Ricardo. Ten, Julio, silencio,
que pintaron los antiguos
la dicha de un buen suceso,
en los pies la diligencia,
y en las manos el secreto. *Vanse.*
Salen Estela, Celia, el Gobernador, y el Capitan.
Gob. Albricias me darán vuestros Estados.
Estela. Solícitos cuidados
de su descanso y gusto han preferido,
Gobernador, mi condicion y olvido;
ya estamos de casarnos concertadas
mi prima y yo.
Gobern. Si estais bien empleadas,
dichosos parabienes
Lorena os da por mí.
Estela. Si queja tienes
por haber escusado al parlamento
el conferir con él mi casamiento,
sabed, que fue forzoso
el secreto, y el nombre de mi esposo;
pero ya que ha venido,
desde hoy sabreis, que el de Polonia
Príncipe generoso, (ha sido
que por cartas de Lauro concertado
(que con él solamente se ha tratado)
está en Lorena y en la corte pienso.
Gobern. De tus vasallos el amor inmenso
esto solo pedia
por conservar en sí su monarquía:
y á Celia, ¿en quien la empleas,
si la misma ventura le deseas?
Est. En su primo del Príncipe Ricardo,
que todos conoceis, Lauro gallardo.
Celia. Hasta ahora, señora, no creia
tanta ventura mia:
tus pies mil veces beso,
y ya, pues puedo, alegre te confieso
el justo el grande amor que le he teni. (do.
Estela. Importa que advertido
el Capitan, y con igual secreto,
tenga para este efeto
un tercio de soldados
no lejos de palacio.
Capitan. ¿Que cuidados
de guerra, en tanta paz teme su Alteza?
Estela. O sea por grandeza,
ó por temor de algun suceso extraño,
no puede el prevenirlos hacer daño:
id vos Gobernador, á acompañarle,
reconcerle, y darle
el parabien por todos mis Estados;
y vos, para que esteis con los soldados
Capitan, en el puesto que os parezca,
para salir, cuando ocasion se ofrezca.
Ca. Bien puede vuestra Alteza estar segura.
Gob. Conceda el Cielo próspera ventura
á tan dichosas bodas. *Vanse los dos.*
Cel. Confusa estoy de ver que no acomodas
el aposento, que á los dos conviene,
que ya te han dicho que Ricardo viene.
Estela. Sosiega, Celia mia,
que ha de tener la noche de este dia
suceso diferente.
Ce. Ya parece, que suena entre la gente
el regocijo.
Estela. Es propio en los antojos
de amor anticipar el bien los ojos.
Sale Julio.
Julio. Público, pues lo has mandado,
y justa licencia tiene
del Conde y de Lauro, viene
el Príncipe acompañado:
admírase la Ciudad

del secreto que has tenido.
Celia. Mas lo estará de que ha sido
en tu desdén novedad.
Estela ¿Viene muy galán Ricardo?
Julio. No ha pretendido mostrar
cuidado, aunque no faltar
á lo que debe á gallardo.
Estela. ¿Y Lauro viene contento?
Julio. Viene contento de ver,
que llegue el tiempo de ser
de tu venganza instrumento.
Estela. Habla, Julio, con recato:
¿cual te parece mejor
de Lauro, ó Ricardo? *Julio.* Amor
del Príncipe, ó fuera ingrato,
no me dejarán juzgar
cual es mejor; pero advierte,
que los quiso de tal suerte
naturaleza pintar,
que parece que copió
el uno del otro, tanto,
que mirarlos causa espanto,
pues nò determino yo,
con tratarlos cada dia,
cual es Lauro, y cual Ricardo.
Estela. Parece que me acobardo
de ver mi necia porfia:
casi arrepentida estoy,
que es propio de la venganza,
cuando lo que espera alcanza.
Celia. Viene? *Estela.* A recibirle voy.
*Salen Ricardo, Octavio, el Gobernador,
el Capitan, y el Conde.*
Ricardo. ¿A donde decis que está
mi señora la Duquesa?
Gobern. Aqui os están esperando
su Alteza, y su prima Celia.
Capitan. Notablemente parece
á Lauro. *Estela.* Sea vuestra Alteza
bien venido. *Ricardo.* Y no es posible,
que haya bien que mayor sea.
Estela. Perdonad, Lauro, que os tuve
por Ricardo: ¿á donde queda
el Príncipe? *Ricardo.* Yo, señora,
soy el Príncipe. *Estela.* No fuera
posible, sin ser milagro,
haber la naturaleza
hecho en una misma estampa
dos rostros de una manera:
Lauro, decid, ¿donde está
el Príncipe? *Ric.* Hermosa Estela,
ya os digo que soy Ricardo.
Estela. Vasallos, traicion es esta,
el Príncipe me ha burlado.
Ricardo. Conde, soy yo?
Conde. ¿Quien pudiera
ser, sino vos? *Ricard.* Soy Ricardo,
Octavio? *Octavio.* ¿No manifiesta
vuestro valor que sois vos?
Ricardo. Julio? *Julio.* Señor?
Ricardo. ¿A que esperas,
que no le dices quien soy?
Julio. Señor, en cosa tan cierta,
¿que importa el crédito mio?
Ricardo. A la Corte de Lorena
vine, señora, por verte,
persumiendo que pudiera
verte, sin dejarte el alma;
y como de tu belleza
hizo tan grande impresion
aquella divina fuerza
en ella y en mis sentidos,
no pude, ni me atreviera
á pasar de Francia á España;
pero la imposible empresa
de conquistar tu desdén,
que á tantos Reyes desprecia,
tantos Príncipes descarta,
tantos amantes desdeña,
me puso tanto temor,
que intenté que te dijeran,
cuanto fue causa, señora,
de la venganza que intentas,
solicitando tu amor,
no por soberbia grandeza,
como muchos confiados,
que has despreciado por ella.
Si entendí tu condicion,
si tu endiosada aspereza,
si vencí tu libertad,
y la palabra confiesas
que me diste, siendo Lauro,
y ahora no me desechas
por Príncipe de Polonia,
tus bellas manos merezca:

que muerto, ó premiado, estoy
contento de ver que tenga
victoria amor de un desden,
que fue en belleza, y soberbia
Fénix, y Luzbél de Francia,
quedando mi nombre en ella
con mas fama, que Alejandro,
y con mayor diferencia,
pues él conquistaba el mundo,
y yo el cielo de la tierra.
Estela. Tanto ha sido tu valor,
que me pesa que no seas
Lauro, para hacer por tí
lo que por Ricardo hiciera:
no por Lauro mereciste
castigo, ni yo quisiera
mas venganza de Ricardo,
que saber por cosa cierta,
de que estaba enamorado,
cuando él me daba sospechas
de que era fea en sus ojos:
enojada he visto á Celia,
darémosla al Conde? *Ricardo.* No,
para que de Octavio sea.
Cel. Ya sabes que siempre he estado
á tu volutad sujeta.
Octavio. Y yo, dichoso mil veces,
pues consigo tal belleza.
Ricardo. ¿ Al fin, qué dices de mí?
Julio. Antes que lo digas venga,
pues no hay Inés para Julio,
alguna cosa que pueda
satisfacer tantos pasos.
Estela. Dos mil ducados de renta,
y á Lauro y Ricardo juntos
la mano, y el alma á medias,
para que los dos la partan.
Ricardo. Aqui dió fin el Poeta
á la Hermosa Fea, Senado,
pero con esta advertencia:
Todos. Si os agrada, será Hermosa,
y si no, la Hermosa fea.

FIN.

Valencia: imprenta de José Ferrer de Orga. 1814.

LA

).

o

paña.

ia,

.

uevo

ran razon,

fido.

famofo

à,

nin-

Donde ésta se hallará un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Saynetes, Entremeses y Autos Sacramentales; dándolos por docenas á precios equitativos.

(M. Fischer)

